

TEXTO N° 6

Y se encendió la lámpara

En el macadán alquitranado quedan algunas huellas del reciente chaparrón. La estación de las lluvias acaba de empezar con su caótico tiempo. La niña baja del avión y de repente se siente como envuelta en una gran vaharada de calor húmedo que se eleva del suelo. Jamás ha experimentado de modo tan intenso semejante sensación, agobiante y dulce a la vez, y ya sabe que en adelante ésta será para ella la cifra del Trópico. Un olor dulzón la sobrecoge, a caña fermentada y manglar. Ya ha salido con sus padres del aeropuerto, buscando distinguir a los tíos entre la muchedumbre abigarrada de amigos, familiares y mirones que se agolpan en la acera. Ahí están, ya los ve, éste es el «quinteto», como los llama maliciosamente su mamá. Ya está aleccionada. Rápidamente hace memoria, repasando mentalmente su papel de niña bien educada. Primero recordar los nombres de cada cual, aunque hace algún tiempo que no los ha visto, luego no interrumpir a los adultos cuando hablan. Discreción hay que tener, por supuesto, aunque tan niña, caramba, no es como para seguir constantemente callada.

Son ellos efectivamente. Avanzan de frente los cinco tíos, de guayabera blanca, pantalones también blancos, colgando de la mano el casco colonial, con paso firme y elástico a la vez, y una elegancia natural, conquistadora, que enseguida roba los corazones. Qué porte... Si esto parece un ballet lleno de gracia y precisión. Y no

puede evitar pensar en Timoteo a quien tuvo que dejar en Europa, lleno eres de gracia tú también, y de picardía, mi gato. Ya están conversando los adultos y organizando el fin de la jornada, mientras montan en los tres coches grises. Al sur de la isla vamos todos, la cita familiar es en la Casa amarilla, pero antes se pasará por Fort-de-France y se hará un alto en Balatá, a recoger a las tías que ahí nos esperan. Rápido, que a nadie le apetece manejar de noche. A la niña siempre le han gustado los colores y la quietud del crepúsculo y no entiende la prisa de los adultos. Cuanto más dure el viaje, mejor. Odia el avión, pero no el coche. Y si hubiese más paros en casas de amigos o conocidos, ¡qué gloria! La exalta la idea de lanzarse al asalto de las lomas de formas caprichosas, todas distintas, puntiagudas unas como sombrero chino, altivas, o levemente aplastadas otras como boñiga de cebú, modestas, soñadoras, melancólicas las más, bajo el gran cielo antillano salpicado de nubes diáfanas. Internarse en esa pequeña jungla todavía brava de Balatá, verla de nuevo, esto sí que es vida, con sus apretadas matas de bambú, sus grandes árboles de madera fofa, sus helechos gigantescos, su flotante neblina de ensueño, su sofocante humedad. Esto sí que es vida. A Balatá pues, grita la niña desde el fondo del coche, y su madre le lanza una mirada entre reprobadora y divertida que ataja toda nueva manifestación de impaciencia. Los tíos comprensivos sonrían y repiten en tono festivo: A Balatá, muchachos, a Balatá que ahí nos espera una buena piña colada y para ti, niña, tu jugo preferido de maracuyá. Pero ahí la pausa es muy breve y el ojo inquisidor de la niña sólo rescata la imagen del platanal crepitante de rumores que linda con la casa y entra definitivamente en una oscuridad violácea. Bueno, al sur nos vamos encaminando ahora, y la niña intenta en vano seguir mentalmente el avance de los tres coches hacia la Casa amarilla.

Son las nueve de la mañana. Hace ya varias horas que ha despuntado el día. La casa es toda una colmena hirviente de actividad, charlas, planes de todo tipo, risas y despreocupación. Ha empezado la época feliz de las vacaciones de verano. La niña se acaba de despertar y tras el largo viaje en avión del día anterior le cuesta ubicarse en la vasta mansión. Se pierde en los pasillos, se equivoca de puerta, sale a la ancha galería y contempla algo aturdida la sabana circundante con

sus curiosos afloramientos de toba volcánica que taladran austeramente la hierba. ¿Quién rivaliza con los lirones, eh, a quién se le han pegado las sábanas, quién es una antillana de pacotilla? Dormir hasta las nueve. ¡Habrás visto semejante cosa!, si aquí a las seis todos estamos ya en pie de guerra. Y llueven las bromas de los primos, que ya se han tomado el desayuno y se preparan para bajar a la playa sin ella. En esto llegan los cinco tíos, el generoso quinteto que se desvive por consolarla y le propone algo mil veces superior a un vulgar baño de mar, niña. Un paseo por la plantación del tío Enrique y si nos da tiempo también por el cocotal de Leopoldo. Vamos a recoger mangos y limones y llevarlos al mercado. A ver si aprendes a vender... A la niña siempre la ha entusiasmado la idea del trueque. Quizás de esto se trate, quizás le permitan sus tíos tan buena gente, tan alegres, que todo se lo consienten, jugar a trocar limones por boniatos, sosas carambolas por el sabroso ñame que dicen portugués, fruta del pan, que no le gusta, por el rico plátano. Quizás le digan que sí a todo. Ya se ve poniéndose unas grandes botas de goma para andar por la hierba, ojo con las serpientes, agarrando una vara grande con una horqueta que le servirá para cosechar delicadamente los exquisitos mangos de nombre de mujer. Por un «mango Julia», tíos, pediremos cuando menos cinco... Por un «Amelia», más aún, porque escasean, y por un «Divino»... Niña exagerada, y suena una risa alegre, si bien sabes que el «Amelia» no se cotiza tanto como el «Julia» y el «Divino» es más bien pastoso, de poco sabor. Cómo vas tú a pedir más por ellos. Mira que eres dura negociando.

La tía Inés, más lánguida la voz, más resplandeciente que nunca el hermoso rostro color canela clara, olorosa toda ella a magnolia y vetiver, se les acerca sonriendo. Ha escuchado su jocosa discusión. La gala y el buen genio de la casa, piensa la niña que la contempla admirada, quién fuera como ella. ¿Por qué no aceptar, niña, tan atrayente proposición, ya verás tú la cara de envidiosos que van a poner tus primos cuando regresen de la playa y sepan que has salido para la plantación. Y mira con una amorosa sumisión teñida de tristeza a su marido, a sus cuatro cuñados tan queridos y siempre ansiosos de movimiento, vaivenes, trajines que los alejen del hogar. La casa es un enclave feliz cuya clausura, redoblando la de la isla, ha

terminado por agobiarlos. La niña ha captado la silenciosa llamada de su tía preferida. Velará por esos adultos de pies y sangre **bullidora**.

Adelante, pues. Y apenas terminado el desayuno y tomada la ducha salta a la camioneta con toldo, en parte enrollada. Por primera vez en su vida se le permite montar en la parte trasera del vehículo, y desde ahí, al lado de tres de sus tíos, hace grandes aspavientos, mil visajes grotescos, lanza un canto a la sabana, en medio de la polvareda. ¿Feliz con la Martinica, niña, eh? Y los tres tíos, con su espléndida lozanía de hombres jóvenes, le siguen el humor sin hacerse de rogar Qué relajo, Dios mío. Golpean rítmicamente los costados del coche. El tío que está al volante se para de súbito, aparca el vehículo en el arcén, se apea, seguido de su hermano. Se reconstituye el quinteto. Los cinco tíos se ponen a cantar a todo pulmón, a imitar el tambor. La música del vallenato sube cálida y emocionante. La niña, con voz aflautada, sin atender a rimas, remacha eufórica, mientras alguien remeda los ondulantes movimientos del acordeón. «Gracias le doy al cielo... Soy su diosa coronada... Cuando la diosa mueve el caderaje... Se pone el rey más engreído... Soy su diosa coronada... ». Bueno, ¡la reina de la sabana!, y el tío Claudio, de ojos azules y piel clarita, le hace un guiño afectuoso a la niña. A subir a la camioneta. A ver si nos ponemos de nuevo en camino, porque al paso que vamos, deteniéndonos para cantar picardías, nunca llegaremos a ninguna parte. Y salta el hermano Miguel, de piel oscura y finísimas facciones: «Nunca llegarás, nunca llegarás al bohío, nunca llegarás...». Todos sueltan la carcajada y se reanuda el viaje, que el trabajo en la plantación no es moco de pavo, caramba, dice el tío Ernesto, de mirada chispeante y bella voz grave.

De regreso a la Casa amarilla, ya terminado el loco episodio de la «cantadera», la niña se pone a cavilar. Ésta es una aventura a la cual es inútil aludir delante de los otros, ¿de acuerdo?, se lo han dado a entender los cinco tíos. Nada de canturrear « A caballo vamos pal monte », ni «La mecha prendía», y menos aún de mencionar la legión de Adelines, Fidelinas, Leticias y demás damiselas que pueblan las mazurkas, los bembés, guaguancós, merengues o cumbias de nuestra América. Nada de música caliente, ¿eh? Por qué será, si a todos nos gustaban tanto estas tonadas, con el gran río Magdalena, la serranía y... Por qué será? De

«quinteto» marchoso los cinco tíos han pasado a ser de golpe para la niña unos señorones envarados y antipáticos. Qué raros los adultos, un día relajados, simpáticos, conciliadores, y otro, enigmáticos, huraños, solitarios, desdichados quizás. ¿Quiénes son esos cinco tíos?, que, pensándolo bien, tan mal conoce. Su padre, claro, le ha hablado de la familia, pero nunca ha entrado en detalles. Y eso que le gustan a ella los árboles genealógicos con sus caprichosas ramificaciones y sus lindos colores pastel.

De los abuelos, finalmente, casi nunca se habla. De la abuela un poquitín, porque de ella quedan algunas fotos de color sepia y un gran cuadro solemne que no consigue disimular, sin embargo, que no era muy linda que digamos, de eso cualquiera se da cuenta. De la madre de su padre dice la tradición familiar que se casó muy joven, a los diez y siete años, que procedía de una familia venida a menos, que su padre fue un pésimo administrador, y tal vez hasta un vividor que no supo conservar sus ricos cafetales y sus plantíos de cacao. Lo tuvo que ceder todo y la niña se pregunta inquieta si la abuela no habrá corrido la misma suerte de los terrenos vendidos a bajo precio. ¿Será posible que se haya casado sin amor? ¿Esto pasa realmente en la vida? Está a punto de espantar tan feo pensamiento, cuando de repente le llama la atención el que el nombre de la abuela nunca se encuentre asociado a ningún recuerdo feliz, ni al del esposo, obstinadamente silenciado, como si toda su vida de mujer hubiese sido un largo *vía crucis*. La niña quiere entender los entresijos de esta casa alegre, cálida, sí, pero también misteriosa donde sólo tiene derecho a desgranar sus notas el piano alado de la tía Gabriela. En ella sólo de ópera y ballet, de Melisanda, Elena, Lucía y otras damas de rancio abolengo se conversa. ¿Por qué será?

La niña no cuenta aquí con ningún aliado, aunque con la lámpara de petróleo... ¿Acaso no es ella la encargada de limpiar el tubo de vidrio tiznado por el humo, cambiar la mecha, verter cuidadosamente el aromático líquido, bruñir el aro de cobre para que reluzca aristocrática la espigada lámpara durante el ritual crepuscular. La niña es quien la lleva de habitación en habitación, con paso lento, precaución y mimo, al declinar el día, evitándole toda traicionera racha de viento, toda caída fatal. Entre las dos ha nacido una gran complicidad que los tres meses de vacaciones pasados en la Casa

amarilla han vuelto ya inquebrantable. Y una mañana de septiembre en que la niña se encuentra excepcionalmente sola en la casa, la lámpara de petróleo, desde la repisa de caoba de la biblioteca, emite un leve crujido. Decide encenderse por impulso propio, arder en pleno día, sólo para su amiga. Una llama azul constelada de saltarinas motas doradas ilumina entonces la habitación. Estupefacta, la niña se acerca a la lámpara y oye un suave murmullo.

En la quietud de la casa vacía se va enterando de la terrible genealogía del «quinteto». No les guardes rencor a tus cinco tíos, por favor. Viste lo bien que cantan, lo buena gente que son, su apostura. Todo es herencia del abuelo, mi niña, del abuelo condenado al silencio, la oscuridad, el encierro. En otros tiempos a los lisiados se les separaba de los vivos, sabes, se les consideraba confusamente responsables de alguna culpa...Y tu abuelo, sí, culpable fue, culpable de tener una bella voz grave que robaba los corazones. Era un bullebulle, de mucho temple y poca calma, exactamente como dice la canción. Andar por los caminos, correr valles y montes, eso es lo que le gustaba.. Siempre ausente de la casa familiar, siempre de parranda, cantando, tomando, enamorando a muchachas. Bueno, sí, fanfarrón como esos hombres del Caribe, irresponsable, pero generoso, tan fascinante que otra que no hubiera sido tu abuela habría acabado por perdonarlo. ¡Otra que no hubiera sido tu abuela! Pero cuando regresó al hogar, enfermo, con sus miembros agarrotados por el reuma, deformados, y no pudo caminar más, ella decidió cobrarle caro sus travesuras. Lo encerraron, otros dicen que el mismo se enterró en vida en esta biblioteca en que sólo penetraban el comején y los mosquitos, este cuarto rehabilitado en que nos encontramos hoy, y a ratos se le oía tararear notas de «Cerro Peralta», que le recordarían, supongo, sus buenas andanzas.

La niña escucha, sin aliento. ¡El abuelo!, parece mentira...Cantando a todo pulmón por la sabana con su cuatro y su acordeón, su güira y su tambor de cuero, con el mismo ímpetu de los tíos el otro día, con el mismo brío que ella misma. Con sombrero de yarey se lo imagina. El abuelo, no, no puede ser. El abuelo, enamorando a muchachas con su voz. Crepita de nuevo la lámpara. Fluyen más confesiones. De repente suena a sus oídos, y por primera vez, el nombre del embarazoso patriarca: Gaitán, pronuncia

meticulosamente la lámpara de petróleo en medio de una áspera exhalación de humo. Gaitán, el de la voz de oro. La niña mira agradecida a su amiga. Ahora sí comprende mejor la vitalidad desbocada del «quinteto», su fascinación y miedo a los orígenes, su callada frustración. Así que el abuelo Gaitán, mal esposo, mal padre, y buen poeta. Ya no sabe qué pensar la niña ante tan repentina y vertiginosa revelación. Vivir, qué aventura más peligrosa, se le escapa. Sale a la galería, contempla el huerto salpicado de piedra gris, grita rabiosa a toda voz, confundiendo las melodías

Señores voy a cantarles

Este nuevo

Canto en la sabana

...

Y hay un gallero de mucha fama

Llamado Gilberto Florentino

...

Dicen que fue mujeriego grande

Casi como un cóndor de los Andes

Nunca se dejó coger en alta

Y corre hacia la playa donde, despreocupados, todavía se están bañando sus primos...